



Con 102 ilustraciones

**ERNEST
HEMINGWAY
Y SU MUNDO**

— — — — —
— — — — —
Anthony Burgess

ULTRAMINIAIR

ERNEST HEMINGWAY
Y SU MUNDO

Anthony Burgess

PREFACIO

La reputación literaria de Ernest Hemingway apenas ha disminuido en los años que han transcurrido desde su muerte. Todavía parece capaz de causar los shocks estéticos que, en unos tiempos de innovación artística, sacudieron a sus primeros lectores. Convirtió la narración en prosa en un medio físico limpio de todo lo que fuera cerebral o fantástico, apto para el héroe hemingwayano: duro, estoico, resistente, exhibiendo esa clase de valor hemingwayano que hemos aprendido a denominar «elegancia en el sufrimiento». Ya establecido como uno de los más grandes escritores americanos de su tiempo, fue muy imitado y resultó ser fácil de imitar. El mismo no estuvo por encima de imitarse a sí mismo en los días malos. Pero esa verbosa mecanografía que llaman prosa hemingwayana tiene poco que ver con el estilo terso de sus mejores libros, un medio que dominó a la perfección a lo largo de años de pobreza y dedicación ascética.

Hemingway, el hombre, era, al igual que sus libros, una creación, y una creación muy inferior. Que difería de la mayoría de sus compañeros de profesión al ser un hombre de acción, fuerte y atractivo, es un hecho verificable, pero Hemingway no estaba satisfecho con la simple excelencia como cazador, pescador, boxeador y jefe guerrillero. Tenía que convertirse a sí mismo en un mito homérico, lo cual significaba posar y mentir, tratar la vida como si fuera una ficción, y, aun cuando algunas de sus mentiras son transparentes (como la de irse a la cama con Mata-Hari), es difícil deslindar su autofabricada leyenda, de una realidad menos deslumbrante, aun cuando deslumbrante bastante todavía. Conocemos a Hemingway, el hombre, no a través de cartas o diarios, sino de historias contadas por sí mismo en bares,

a bordo de barcos, de safaris, historias recontadas a su vez por otros, reminiscencias que sirven para alimentar la leyenda y que —haciéndose cada vez menos fiables según su personaje queda atrás en el tiempo— aún continúan apareciendo.

El más fiable de los compendios de hechos sobre la vida de Hemingway es la biografía de Carlos Baker, profesor de Literatura de Woodrow Wilson en la Universidad de Princeton, de quien fui, en tiempos, humilde e indigno colega. Aunque el mismo Hemingway habló una vez con desprecio (o se dice que habló) del escolástico apetito por los hechos de Baker, ese rígido interés por la verdad biográfica ha hecho mejor servicio a Hemingway que el glorificante recuerdo de A. E. Hotchner (cuya obra, sin embargo, he utilizado una o dos veces). Hemingway, la leyenda, es tratado específicamente por el profesor Baker, pero el retrato de Hemingway, hombre, que emerge no disminuye al escritor, cazador, soldado, aficionado a los toros. Reconozco con gratitud la ayuda que he recibido de las casi novecientas páginas de Carlos Baker y recomiendo su Ernest Hemingway sin reservas a cualquiera que desee seguir la historia más allá de los límites permisibles en un apunte tan breve como el mío.

Deseo también rendir tributo a un libro escrito por otro antiguo colega mío: el profesor Arthur Waldhorn, del City College de New York. Su *Reader's Guide to Ernest Hemingway* (Guía del lector de Ernest Hemingway) es el estudio crítico breve más útil de la obra de Hemingway que yo conozco, y ha influido de forma saludable en la visión un tanto ingenua de Hemingway que yo llevaba conmigo desde la adolescencia hasta el momento de acometer esta corta biografía. Hay otros muchos libros sobre Hemingway, hombre, obra o ambos, y doy las gracias debidamente ahora a todos aquellos que he leído y encontrado de valor. Pe-

ro sería injusto si no diera voz, aquí y ahora, a mi agradecimiento hacia estos dos genuinos hombres de letras, de uno no genuino, aunque ostentara las plumas de Visiting Senior Fellow en Princeton y, en Nueva York, de Distinguished Professor.

2 julio 1977. ANTHONY BURGESS

Monaco

ERNEST HEMINGWAY Y SU MUNDO

Si el autor de *The Sun Also Rises* (Fiesta), *A Farewell to Arms* (Adiós a las armas) y *The Old Man and the Sea* (El viejo y el mar) y de las historias de Nicks Adams hubiera sido un yerbajo raquítrico, asmático o tísico, vivenciando fantasías de hombre fuerte en la literatura que producía, seguiría siendo uno de los grandes escritores americanos. Pero no era un yerbajo. Medía un metro ochenta, tenía el pecho ancho, era atractivo, vital, soldado, cazador, pescador, bebedor. Esta fusión de artista sensitivo y original y hombre de acción musculoso ha convertido a Ernest Hemingway en uno de los grandes mitos internacionales del siglo veinte. El mito se vuelve intrigante y misterioso por la presencia, tanto en su arte como, en su personalidad, de una actitud ambigua hacia la vida y la muerte, de un dudar de sí mismo que parece contradecir las actitudes positivas asumidas en la guerra y de safari, de una genuina morbosidad cuyas raíces son retorcidas y se resisten a quien quiera excavarlas. Pero los dos aspectos más importantes del Hemingway público, el Hemingway de las anécdotas, anuncios de cerveza en lata, lista de best-sellers *, segundo curso de literatura americana, representan el entronque de genes y temperamentos paternos.

No es necesario molestarse en seguir la pista de los antepasados de Hemingway hasta sus puertos de desembarco en el litoral atlántico de Norteamérica. Ambas ramas de la familia eran anglosajonas, moderadamente prósperas, creyentes practicantes, patrióticas, sencillas pero dignas. Su padre era Clarence Edmonds Hemingway, usualmente conocido por Ed, médico de Oak Parks, Illinois, que se había

graduado en Oberlin y el Rush Medical College, Chicago, hijo de un veterano de la guerra civil a quien le había ido bien en la compra-venta de tierras en Windy City. Ed Hemingway tenía barba negra, hombros anchos, medía un metro ochenta y era amante de la caza, la pesca, la taxidermia, la conservación de serpientes y la cocina al aire libre. No sólo dio a Ernest un físico de herrero, sino también un entrenamiento de leñador. Ed Hemingway tuvo primero una cabaña, más tarde un granja de cuarenta acres en los bosques de Michigan, y justo siete semanas después de nacer, el 21 de julio de 1899, Ernest fue llevado a visitar por primera vez tierras vírgenes norteamericanas. Fue un viaje agotador: en tren desde Oak Park a Chicago, en coche de caballos hasta el embarcadero del Lago Michigan, en vapor hasta Harbor Springs, en tren de vía estrecha hasta Petoskey, por una línea secundaria hasta el Lago Bear, en bote de remos hasta la cabaña llamada Windemere (tributo de la madre de Ernest a aguas ancestrales, pero con pérdida de una «r»). Iba a hacer este viaje a menudo. Ed Hemingway enseñó a su hijo a pescar, manejar herramientas y armas, cocinar carne de venado, mapache, ardilla, zarigüeña, paloma silvestre, peces de lago. No se debe matar por el placer de matar: regla que Hemingway olvidó cuando

El padre de Ernest Hemingway, el doctor Clarence Édmonds Hemingway. «Me siento muy contento y orgulloso de que te hayas convertido en un hombre tan guapo, grande y masculino», le escribió a Ernest en 1915 fue hombre. Si matas algo, debes cocerlo, decía su padre. Por tanto, Ernest-niño tuvo que mascar y tragar un fétido y correoso puerco espín que había matado por capricho. El hábito de mentir o aureolar sus proezas al aire libre empezó cuando aún no tenía cinco años. Le contó a su abuelo Hall que había detenido, él solo, un caballo desbocado. El viejo dijo que, con una imaginación como aquélla, acabaría famoso o en la cárcel. Ernest Hall dirigía un negocio de cuchillería al

por mayor en Chicago. Era un hombre religioso, aficionado al rezo familiar y, al igual que el padre de su yerno, veterano en la guerra civil, incluso tenía algo de héroe. Pero, y ésta es una manía que no pasaría a su nieto, nunca permitió que se hablara de la guerra en su presencia. El segundo nombre de Ernest Hemingway —Miller— le venía de un tío-abuelo que fabricaba camas. Tenía trato metálico, conocimientos de hombre del bosque y piedad cristiana para dejar en herencia, pero no mucha literatura. Del otro lado estaba la música, representada por su madre. Grace Hall, a quien Ed Hemingway conoció cuando eran compañeros en Oak Park High School, era una joven de aspecto muy inglés: ojos azules, cuerpo generoso, complexión fresca. En su juventud había aspirado a un mundo mucho más ancho que Oak Park, teniendo, como tenía, buena voz de contralto y habiendo sido estimulada por su madre y maestros para que escogiera la ópera como carrera. Pero la escarlatina había debilitado sus ojos y, cuando hizo su debut como cantante en el Madison Square Garden, de New York, sufrió considerablemente a causa del brillo de los focos. Por tanto, regresó a Oak Park y se casó con el joven doctor Hemingway. En el Park Avenue de North Oak se estableció como profesora de música y dejó la cocina para su marido. Ed, de visita en casa de un paciente, telefoneaba a veces a casa para decir a la chica de servicio que sacara la tarta del horno. Hacía tartas notables.

Grace Hemingway fue muy dada al sentimentalismo piadoso toda su vida y, como era de esperar, nunca le gustaron mucho los libros de su hijo. Cuando Ernest nació escribió en su diario: «Los petirrojos cantaron sus canciones más dulces para dar la bienvenida a este hermoso mundo al pequeño extranjero.» Luego de su bautizo fue anotado como «una oferta del Señor, para recibir su nombre y, desde ese momento, ser contado uno más entre los corderillos de Dios». El cordero se descarrió tan pronto como se hizo

carnero: la carrera de Ernest puede, caprichosamente, verse como una reacción extrema a la imagen de niño de mamá. Cuando tenía nueve años, ella le vestía en guinga rosa con un sombrero de flores, igual que su hermana Marcelline, que tenía dieciocho meses más. Posteriormente se referiría a su madre como la vieja arpía. También se iba a volver contra su padre, pero sólo cuando, anticipándose a su hijo, se mató de un tiro en un estado de depresión. Las lealtades de Ernest nunca eran concedidas fácilmente y siempre eran retiradas fácilmente.

Rudo, turbulento y belicoso desde el principio, Ernest anhelaba tener un hermano pequeño que le sirviera de punching-bag "(Saco de arena usado por los boxeadores para entrenarse), pero nunca lo consiguió hasta que, ya adolescente, Leicester Clarence Hemingway llegó demasiado tarde para ser tanto antagonista como compañero. Creció con cuatro hermanas —Marcelline, Ursula, Madelaine y Carroll, todas jóvenes, grandes y atractivas— y ellas iban a ejercer una notable influencia en su actitud hacia las mujeres. Hasta el final se observaba que, en compañía de mujeres de su propia generación, asumía instintivamente el papel juguetón, mandón y fácilmente acobardable del hermano. Incluso de sus mujeres (también cuatro, las tres primeras salidas de una madre común, la ciudad de St. Louis) pedía cualidades de camaradería fraternal... Quería, pero nunca consiguió, una hija, e hizo sustitutos filiales de mujeres jóvenes y bonitas como Ava Gardner e Ingrid Bergman (pero nunca de Marlene Dietrich: su actitud hacia ella era interesantemente complicada). Las llamaba hijas y ellas tenían que llamarle papá. Se convirtió en Papá Hemingway para todo el mundo relativamente pronto en su vida. Bastante fraternal y paternal, nunca fue demasiado un hijo.

Rechazaba el interés de su padre por la ciencia y, hasta cierto punto, resistió los intentos que hizo su madre para convertirle en músico. Quería que Ernest llegara a ser violoncelista profesional, y de hecho llegó a tocar al violoncello piezas fáciles de partituras de opereta y comedia musical con la orquesta de su escuela superior. También cantó en el coro de la Third Congregational Church, pero, al igual que su padre, nunca fue capaz de llevar una línea melódica. Posteriormente alardeaba de un buen conocimiento musical e incluso acostumbraba a discursar (con cuánta autoridad no lo sabemos) sobre el contrapunto. En París iba a causar ofensa al decir de la música de George Antheil que él prefería a Stravinsky sin soda, un juicio de muy buen oído sobre el «chico malo de la música», protegido de Ezra Pound, conocido hoy día principalmente por sus triviales partituras para cine. En La Habana hizo una canción para voz y acompañamiento de guitarra de su bar favorito y la tocaban sin fallo cada vez que él entraba. Lo que probablemente heredó de su madre fue la preocupación por el tono y el ritmo, que le iba a convertir en un estilista literario importante. No se puede leer *Ulises* o *Adiós a las armas* sin darse cuenta de una preocupación por las palabras en tanto que sonido, como también una capacidad estructural análoga a la de un compositor musical. La madre de Ernest también tenía buen ojo para la pintura y, en su edad madura, llegó a ser una pintora de fama regional. El gusto pictórico del hijo iba a ser superior al de la madre y, mientras él hablaba de intentar hacer en novela lo que Cézanne hacía en tela, los críticos invocaban a Goya en relación con algunas de sus más negras pinturas en palabras.

Los estudios de Ernest en la escuela secundaria y en la palaciega Oak Park y River Forest Township High School se distinguieron académicamente sólo por sus logros en inglés, y al acabar, Ernest no mostró ninguna inclinación a pasar a la Universidad. Siempre hubo una buena dosis del

antiintelectual en él. Escribió cuentos y reportajes para la revista de la escuela que, por su interés en la descripción de la acción física y su huida de la exhibición de léxico romántico, predecían su trabajo maduro. Sus ambiciones principales eran atléticas, pero, estudiante de primer curso en la escuela superior, se sentía avergonzado de su falta de talla y músculo. Demasiado pequeño para el fútbol, trabajó la puntería al rifle y registró un considerable resultado de 112 sobre 150 a una distancia de veinte yardas. Esto a pesar de un ojo izquierdo defectuoso que maldecía como herencia de su madre, aunque más tarde lo achacara (odiando conceder nada a su madre) a las sucias tácticas de sus antagonistas en el boxeo. Creció de golpe a los quince años y pronto alcanzó la altura y peso de su padre, como también una propensión a sudar copiosamente y a acumular grasa. Llegó a ser bien conocido por sus pies, grandes y torpes, tanto en el campo de fútbol como en el baile. No jugaba bien al fútbol, pero corría, boxeaba, nadaba, y le hicieron capitán del equipo de baloncesto. Y, por supuesto, escribía.

Su modelo era Ring Lardner, que producía una columna popular para Chicago Tribune y que había desarrollado un estilo supuestamente analfabeto que Ernest intentó imitar. La habilidad de Lardner era mayor de lo que aparecía en la superficie, su instrumento era una invención original, pero muy americano —divertido, sutil y capaz de suaves rasgos conmovedores—. Ernest era simplemente chistoso, pero la gracia era un aspecto muy estimado en la producción norteamericana de aquellos días (el Babbitt de Sinclair Lewis era probablemente el compendio definitivo). El ingenio era un producto del intelecto y el intelecto era sospechoso por europeo y decadente e impío. La jocosidad tenía su máxima expresión en los apodos. Hemingway era un gran aficionado a los apodos; llamaba a su hermano pe-

queño Leicester de Pester, como un personaje de historietas cómicas, y le gustaba que a él le llamaran Porthos, Butch, el Viejo Bruto y, sobre todo, Hemingstein. Había un algo de antisemitismo en esto: todos los nombres judíos son cómicos. Nunca dejó de meterse con los judíos, del mismo modo que nunca superó su afición a que le llamaran Hemingstein. En la Segunda Guerra Mundial, como variación, acostumbraba a presentarse a los G.I. como «Ernie Hemorrhoid, el Pyle del pobre».

Aquellos eran buenos tiempos de expansión en el Hiddle West, filetes enormes e Idahos asados, cerveza de raíces, palmadas en la espalda, chauvinismo y optimismo. La neurosis americana aún no se había implantado y el viejo y pequeño Estados Unidos era el mejor maldito país en todo el maldito mundo.

El Oak Park de Hemingway era mucho más inocente que el Dublín de Joyce, y tampoco podemos imaginarnos al joven Hemingway de noche, por las calles, gimiendo como una bestia, deseando desesperadamente una mujer. Por supuesto que había deseado vivamente algunas chicas y más tarde alardearía de que nunca había dejado de conseguir una mujer si se le antojaba, pero es evidente que guardó su virginidad bastante más tiempo que Joyce. La religiosidad de la ciudad mantenía a los niños ignorantes de los hechos de la vida. Incluso un profesional de la Medicina como Ed Hemingway estaba dispuesto a afirmar que la masturbación era un camino seguro a la locura. Oak Park era proverbialmente el límite en que los bares acababan y empezaban las iglesias. No había mujeres ligeras por allí, y las chicas de la escuela superior eran respetables. El cuerpo de Ernest, de cualquier modo, estaba dedicado al atletismo durante el curso y a los grandes espacios abiertos de Michigan en las vacaciones de verano. Era una buena vida, sana y muy ruda, pero, inevitablemente, llegó un momento en

que el joven Hemingway quiso algo más que la llamada de las ardillas y las limitaciones del feliz pero sofocante Oak Park.

El 6 de abril de 1917, los Estados Unidos rompieron dos años y medio de neutralidad y paz a cualquier precio y declararon la guerra a Alemania. Muchos hombres jóvenes estaban ansiosos por marchar a combatir —de hecho, muchos ya estaban en el frente en cuerpos de ambulancias o, por lo menos, al norte del Paralelo 49, en el Royal Canadian Flying Corps—, pero Ernest no tenía prisa. Tenía instinto para las prioridades y quería aprender a escribir antes de que le enseñaran a luchar. De cualquier modo, su padre había declarado autoritariamente que aquel ojo izquierdo defectuoso le mantendría alejado del combate. Ernest tenía un tío —Tyler Hemingway— en Kansas City, y también sentía admiración por el *Kansas City Star*, aún uno de los grandes periódicos de América. Sabiendo que sus posibilidades de convertirse en aprendiz de reportero eran allí buenas, dijo adiós a su padre, quien le besó afectuosamente en la estación, con lágrimas en el bigote y una oración en los labios. Ernest recreó la pequeña escena muchos años más tarde en *For Whom the Bell Tolls* (Por quién doblan las campanas), haciendo que su héroe se sintiera «súbitamente mucho más viejo que su padre y tan apenado por él que apenas podía soportarlo».

Decir que el joven Hemingway tenía «ambición literaria» sería probablemente falso. Scott Fitzgerald, recién salido de Princeton, escritor desde el principio, estaba por entonces trabajando en un tipo de literatura al estilo de Compton Mackenzie, adornada con tropos estilo Keats, pero Hemingway estaba ya poseído de un designio a la vez más sencillo y más completo —sacar la disposición estética del lenguaje de su tradicional localización en la cabeza y el corazón y vincularla a los nervios y los músculos. Esto signi-

ficaba una genuina revolución que, por el momento, se disfrazaba de deseo de trabajar bien en el simple y popular medio del periodismo. Pero decir que la ambición de Hemingway era ser periodista sería tan falso como decir que deseaba ser un nuevo Tolstoi o un nuevo Dickens.

Kansas City son dos ciudades. Hay una en el estado de Kansas, con una población de cerca de 130.000 personas, y otra en el estado de Missouri, con casi medio millón de ciudadanos. Es de esta última de la que normalmente se trata cuando se habla o se canta acerca de Kansas City, y fue en esta última donde Ernest Hemingway empezó como escritor profesional o asalariado. Hoy día Kansas City es un elegante centro de comercio y cultura, con amplios bulevares, mucha arquitectura de estilo español, hermosas villas, restaurantes donde mientras elegantes modelos exhiben alta costura sirven los mejores filetes de buey del mundo, un enorme colegio de los jesuitas y un suntuoso hotel que incluye toda una colina, con árboles y un riachuelo, en su decoración. En 1917 era una ciudad en crecimiento, cuyo status de dura ciudad fronteriza era aún memoria viviente, llena de pecado y crimen y una actitud cínica hacia la ley, incluso entre los magistrados, y su Twelfth Street tenía tantas prostitutas que la apodaban Woodrow Wilson Avenue (un artículo para cualquier bolsillo). Ernest no se comprometió en alborotos ni en conquistas compradas; era un mero observador del mundo de acciones violentas. Le pagaban quince dólares a la semana y un ejemplar del manual de estilo del Star, el cual, en sustancia, le enseñó a escribir con el estilo del Hemingway maduro. Brevidad, una reconciliación del vigor con la suavidad, un enfoque positivo (decir lo que hay más que lo que no hay), ésas eran las reglas del Star. Su tarea posterior fue adaptarlas a la creación literaria.

No había escasez de material en el área del reportaje para depositarlo en el banco y más tarde, con el interés

añadido de una percepción imaginativa, entregarlo en forma de creación hemingwayana. La extraordinaria historia de *God Rest You Merry, Gentlemen* (Dios les preserve la alegría, caballeros), por ejemplo, se inspira en algo que Ernest oyó en uno de sus viajes regulares al City Hospital: el extraño caso del joven que, de igual modo que el padre de la Iglesia, Orígenes, se había castrado por amor a Dios. El deterioro, físico o psicológico, de la sexualidad evidentemente fascinaba a Hemingway: sin ninguna duda había algo en él que temía el compromiso sexual. Pero, en general, descubrió que la vida real siempre supera a la ficción; la literatura no es primordialmente invención: es el ordenamiento en estructuras estéticas de las données, de una experiencia de amplio alcance.

Kansas City le mostró la vida, pero pronto empezó a anhelar la vida más amplia de la Europa en guerra, vida con peligro y muerte en ella. Ted Brumback, un compañero aprendiz, no sólo tenía un ojo débil, sino que era de cristal y, con todo, había pasado cuatro meses en el American Field Service, conduciendo ambulancias en Francia. Estimulado por este precedente, Ernest cobró su última paga del Star el último día de abril de 1918, y en mayo se paseaba a lo largo de Broadway, Manhattan, fanfarroneando con su uniforme de subteniente honorífico. Estuvo en la Cruz Roja y nunca combatiría oficialmente en ninguna guerra, pero el mito del Hemingway soldado no tardaría en nacer. Escribía resonantes mentiras a sus amigos en Kansas City, alardeando de que estaba teniendo un asunto amoroso con Mae Marsh, estrella de *El nacimiento de una nación*, y se había pateado los 150 machacantes que su papi le había dado como despedida en un anillo de compromiso.

Vio de verdad al Presidente Wilson e incluso, como guía derecho de su pelotón, en un desfile de 75.000, marchó por la Quinta Avenida en su honor. El estilo de sus car-